

bio que se había efectuado en la clase que tenía en sus manos la administración del país; la antigua aristocracia territorial había cedido su preponderancia a una nueva aristocracia, que era la del dinero y esta aristocracia bajo la bandera de los whigs había tomado posesión del poder. Las diferencias políticas y religiosas entre whigs y tories habían desaparecido para dar lugar a la diferencia entre las ciudades y el campo; entre el capital y la riqueza territorial; entre la industria y la agricultura, siendo la primera con el comercio la parte preponderante, y yendo de vencida los intereses agrícolas.

El gobierno de la reina Isabel á pesar de no tener nada de liberal en materia de religion, había abierto la Inglaterra, hasta entonces agrícola y ganadera, á los herejes extranjeros que desde 1567 hasta mediados del siglo XVIII, la invadieron en innumerables millares y encontraron en ella una nueva patria. Los holandeses y belgas que huyeron del tribunal de sangre del duque de Alba; los hugonotes que se escaparon de la noche de San Bartolomé; los comerciantes y operarios que emigraron en masa de Amsterdam en 1585, introdujeron en Inglaterra, al lado de la antigua fabricación indígena de géneros de lana, la moderna é infinita multiplicidad industrial, que los emigrados franceses de 1685 llevaron despues á su mayor altura. El gobierno de Cromwell había hecho la marina inglesa señora de los mares, y destruido por la ley de navegacion de 1651 la competencia de la Holanda en el comercio internacional, rival poderosísima de la Inglaterra. En tiempo de los dos últimos Estuardos habíase ya fundido el elemento extranjero con el nacional hasta tal punto que los nobles rurales daban ya sus hijos segundos en aprendizaje á los comerciantes, y buscaban esposas entre las hijas opulentas de las ciudades. Estos dos reinos, tan melancólicos por la confusión y las complicaciones religiosas y políticas que causaron, se presentan hoy á nuestros ojos mucho mas notables por el enorme acrecentamiento de las poblaciones urbanas, de la marina, de la industria, del comercio y por la creación de grandes capitales, según dicen unánimemente y admirados todos los autores y documentos coetáneos. Nos refieren del año 1670 que en veinte años se había duplicado el número de comerciantes y de buques de comercio, y triplicado la marina de guerra y el rendimiento de las aduanas. El importe de la correspondencia pública se había veintuplicado en el mismo tiempo, mientras á consecuencia del aumento de capital había bajado el interés del dinero de 8 por ciento á 6. De los 7 millones de almas que existían en la Inglaterra propiamente dicha á principios del siglo XVIII, tocaban aproximadamente 600,000 á la capital, habiendo duplicado en poco tiempo el número de sus habitantes las ciudades de Bristol, Norwich y Manchester, á las cuales luego se agregó la de Liverpool que empezaba á prosperar rápidamente. En 1607 contaba la marina de guerra inglesa solo 40 buques; en 1695 tenía ya 200, y nueve años despues, en 1704, nada menos que 256. En este último año contaba la marina mercante 3,281 buques con 261,222 toneladas, perteneciendo de este número 560 buques á navieros de Lóndres (1). ¿Dónde traficaba tan gran número de buques, que hoy sin embargo ha subido hasta 28,971? Visitaba las colonias inglesas en la América del Norte, las Indias Orientales, los países del Levante en el Mediterráneo, el Africa oriental, los países del Báltico, la Holanda, Francia, España, Portugal, Italia y las costas de Alemania. La mayor parte de este dilatado comercio estaba en manos de compañías mercantiles privilegiadas, entre las cuales se destacaba en primer término la de las Indias Orientales. Tan poderoso

(1) Véase la Historia de Inglaterra en el siglo XVIII, por LECKY, en inglés, y la de Europa en el mismo siglo, por NOORDEN, en alemán.

é importante era el comercio de estas compañías, que su prosperidad y ruina ó decadencia estaban íntimamente ligadas con la suerte ó desgracia de toda la nación, y que pronto hubieron de ponerse á su servicio y al del interés general el gobierno, el parlamento y los partidos políticos. Estas compañías facilitaron al gobierno de Guillermo III las sumas que necesitó cuando no bastaron los ingresos ordinarios de los impuestos; uno de estos empréstitos fué origen de la fundación del banco de Inglaterra en 1694. De los sucesivos que hizo necesarios la guerra con Francia nació la deuda nacional flotante que ofrecía á los capitales ingleses, especialmente á los pequeños, un empleo excelente; y por último todo este cúmulo de innumerables intereses pecuniarios distintos acabaron por enfriar las contiendas sobre el mayor ó menor mérito de tal ó cual sistema de gobierno, poniendo en primera línea la simple pregunta: «¿Quién nos paga los intereses que promete y quién nó?»

La nueva aristocracia del dinero que se atraía cada día mas á la nobleza antigua de provincias, formaba el gran contingente del partido whig; eran su obra el banco de Inglaterra, y la nueva compañía de las Indias Orientales, dos grandes potencias del comercio universal y del capital inglés. La identidad de intereses de este partido con los del país, es decir, con las personas que tenían algo que perder, era tan grande, que el curso de los valores públicos era el termómetro infalible del estado de los unos y de los otros; porque bajaban los fondos en proporción que amenazaban peligros al poder del partido whig, y subían á su vez en proporción que este se fortificaba. Una algarada infundada de un desembarco inminente del pretendiente en 1707 hizo bajar los fondos un 14 y hasta un 15 por ciento. Cuando la reina Ana despidió al ministerio whig, representado por Godolphin en 1710, el banco de Inglaterra firmó una petición en contra enviando con este objeto una comision de su seno á la reina. La entrada de Harley en el ministerio fué señalada por una baja que no pasó hasta que este ministro aceptó las tendencias de los whigs con la fundación de la compañía del Pacífico; y cuando Bolingbroke hizo salir del gabinete á este ministro, declaróse en los fondos públicos un verdadero pánico. La permanencia de Bolingbroke en el ministerio habría acabado por provocar una bancarota general del Estado. La noticia prematura de la muerte de la reina fué recibida por el público con una alza entusiasta; dijose luego que había sido infundada, y el papel bajó; y cuando se supo definitivamente que había fallecido, subieron al instante todos los valores, porque el pueblo inglés sabía que con esta reina se enterraban para siempre las esperanzas de los jacobitas. Mucho antes de haber subido al trono la dinastía hanoveriana era ya para los ingleses la garantía de que no perderían ni el capital ni los intereses nacionales; la subida al gobierno del partido whig, con exclusion completa de todo otro partido durante mucho tiempo, significaba el cobro de una letra que el banco de Inglaterra ó sea la razón social «La Gran Bretaña» había librado tiempo antes á cargo de la dinastía de Hanover, y desde entonces estaba la letra en circulación; de suerte que entre la casa de Hanover y la nación inglesa existía tácitamente la necesidad ineludible de una unión íntima, como condición fundamental de conservación propia.

Esta nueva corriente arrolló á la Inglaterra antigua; la raza de los labradores propietarios (*yeomanry class*) desapareció, porque sus individuos mas pobres se quedaron en el campo como arrendatarios ó braceros, mientras los mas enérgicos se trasladaron á las ciudades para dedicarse á la industria; y con esta clase extinguióse la influencia hereditaria de la antigua nobleza rural en las elecciones de distrito, ó sea de las aldeas que tenían el privilegio de nombrar diputados al par-

lamento, si no los apoyaba excepcionalmente el capital. Pues bien, los tories siguieron aferrados á su principio aristocrático: «La ley de un país libre es la voluntad de la mayoría de los propietarios del suelo; el poderío de la Inglaterra descansa sobre la riqueza territorial y no sobre el comercio.» Tanto era así, que el ministerio tory presentó en 1711 una ley (*Landed property qualification act*) destinada á amparar los intereses de la propiedad inmueble, casi toda en manos de la nobleza, contra la invasion y predominio del capital; pero á pesar de esto estrellóse la resistencia contra el poder del dinero; los capitalistas del banco y la compañía de las Indias compraron los votos y cerraron así á los propietarios rurales el parlamento. En la bolsa se cotizaban los asientos en el parlamento como los fondos públicos, siendo el precio corriente de una diputación 1,000 guineas. En 1701 publicó Daniel Defoe un folleto muy elocuente contra este abuso (1); pero la unión entre los grandes establecimientos de banca y los miembros de la cámara baja era tan íntima que muchas veces era difícil distinguir si un diputado defendía los intereses del capital por convicción política ó por cohecho.

Esta gran revolución en el modo de ser de la nación arrancó no pocos suspiros á Swift, autor ingenioso; mientras Bolingbroke dedicó á la misma cuestión una serie de artículos brillantes, pero que todos padecen el defecto de explicar esta revolución en la economía política de la nación inglesa solo por la corrupción puesta por obra por los whigs y su ministro mas eminente. Este error que acompañó hasta su muerte al caudillo de mas talento de los jacobitas demuestra, mas que todos los errores y desgracias del pretendiente y de sus partidarios, la verdad de las palabras de Bolingbroke cuando dijo: «Ya no existe el antiguo partido tory.» Las siguientes líneas de su segunda carta sobre el «Estudio y la aplicación de la historia» explican claramente su modo de ver en esta cuestión: «Para los unos era máxima política la conveniencia de atraer partidarios al gobierno induciendo al pueblo á embarcar toda su fortuna en el mismo buque, que era la riqueza inmueble; mientras que para los otros era axioma de partido crear un interés nuevo, á saber, el del dinero, para servir de contrapeso y de oposición á la riqueza inmueble, y ganar la preponderancia, por lo menos en la capital, con el establecimiento de grandes sociedades. Por mi parte no dudo que la creación de ocasiones de acumular grandes riquezas en la bolsa y en el comercio de valores en papel con el auxilio de todas las artimañas de alzas y bajas, era un axioma egoísta para aquellos que fomentaban y se dedicaban á tan inmoral oficio, y acaso hasta para aquellos que aconsejaron estas creaciones (2).»

Muy distantes estaban los padres de Walpole de sospechar que su tercer hijo dirigiría un día los destinos del país á la cabeza de un partido con el cual ni su familia ni él nada tenían que ver, y de cuya preponderancia él había de ser el autor como le dijo reconviéndole despues su antiguo discípulo del colegio de Eton, Bolingbroke.

Siendo el tercer hijo, no tenía probabilidad de heredar el antiquísimo patrimonio de la familia, y su fortuna fué que desde temprano, y á despecho de sus inclinaciones, hubo de aplicarse asiduamente á los estudios para poderse crear algún día una posición decorosa. Habíasele destinado para la carrera eclesiástica cuando por la muerte prematura y accidental de sus dos hermanos quedó heredero del patrimonio paterno, del cual formaban parte tres aldeas con el privilegio

(1) Su título es *The Freeholders plea against stockjobbing elections of Parliament*. Véase también LECKY, tomo I, págs. 215, 216, 395 y siguientes.

(2) Véanse las obras (Works) de Bolingbroke, Lóndres 1809.

de mandar cada una un diputado al parlamento. Cuando despues de la muerte de su padre entró en 1700 en el parlamento, era un mayorazgo provinciano, como Addison tan perfectamente lo describió en su Sir Rodger de Coverley; rústico y prosaico en sus modales, porte y lenguaje, amigo de la vida libre del campo, de la caza, de los goces materiales y de bromas groseras, cualidades que conservó hasta su muerte. Repugnaba por instinto toda ideología, lo mismo que todo pensamiento idealista, mofándose de cuantos manifestaban el menor hábito de entusiasmo. No sentía la menor inclinación á ser ni santo, ni espartano ni reformador; los ideales con los cuales algunos jóvenes, aunque muy contados, de su país entraron en la vida pública, eran para él arlequinadas y ensueños de colegiales, y solía decirles: «¿Cómo! ¿V. quiere ser antiguo romano y patriota? Pronto le pasará este entusiasmo poético y se volverá V. racional y práctico.» La escuela de vida política que abrió para la nobleza influyente de su país fué tal, que forzosamente había de ahogar la última huella de idealismo. Verdad es que hubo de emplear la corrupción para fines políticos, en un país como el suyo donde estaba ya arraigada desde largo tiempo; de modo que se miraba la compra de votos por el gobierno como una cosa muy natural é imprescindible, y los hombres de épocas anteriores á la suya que jamás habían pensado en reformar esta costumbre no tenían ningun derecho para criticar á Walpole con virtuosa indignación, por servirse de los mismos medios ya usados. Todo inglés imparcial dudará mucho de que Walpole para preservar á los whigs de las deserciones, practicara cohechos mayores que los que habría empleado Bolingbroke si hubiera estado en su lugar para conservar la supremacía del partido tory. Pero la verdad es que Walpole empleó tan abominable recurso con éxito asombroso y nunca visto y con una ingenuidad y franqueza que admiran. Si el conde de Mirabeau dijo: «Me pagan, pero no me dejo cohechar» (*On peut me payer, mais pas corrompre*), Walpole dijo: «Yo pago á mi gente para que voten...», se entiende según su conciencia, porque son demasiado honrados para hacer otra cosa.» Antes de entrar Walpole en el gobierno era un abuso generalizado desde largo tiempo el comercio público y descarado de distritos electorales á 1,000 guineas cada uno, precio fijo, como se ve en los escritos de Burnett, autor de la época anterior á Walpole; y mucho tiempo despues de éste, empleó lord Bute sumas mucho mas considerables de los fondos secretos en la compra de votos, mientras Walpole jamás cedió á insinuaciones de cohecho. Despues de su caída se le formó causa, pero la comision investigadora compuesta de sus enemigos mas encarnizados no supo descubrir un solo caso en que saliera su honra menguada, y cuando murió estaba cargado de enormes deudas.

Su principio de vida práctica como su principio político, consistía en tomar las personas como eran y como quieren ser tomadas, y hacer sentir á aquellos que le reconvenían por su poca virtud, que ellos tampoco eran espejos de virtudes.

Opuso siempre tenaz resistencia á todas las tentativas de la oposición de hacer votar al parlamento una ley para reducir ó imposibilitar los cohechos, alegando en su justificación que sus contrarios, lejos de sentir interés por la pureza de los actos del gobierno, solo hacían esta oposición impulsados por la envidia, el odio, el desengaño y la pérdida de sus esperanzas. Sus oyentes en el parlamento sabían muy bien hasta dónde había motivo de creer en las frases patéticas de aquellos ofendidos Catones. Sería también una gran injusticia olvidar que todos, amigos y enemigos del ministro, tenían una parte no pequeña en sus pecados, pero la posteridad no tiene ninguna obligación de dejarse dominar por su benevolencia respecto de la inmoralidad de las personas

de otras épocas hasta el grado de falsear los hechos y su carácter, y por esto decimos nosotros que semejante parlamentarismo era una escuela de corrupcion mutua de la peor especie. No puede menos de horrorizarnos leer que al fin de cada legislatura los partidarios fidelísimos del ministerio cobraban cada uno sus 500 á 1,000 libras esterlinas como quien cobra un jornal por haber dado su voto al gobierno y no á la oposicion, se entiende siempre «por efecto de sus convicciones» El mayor mérito que encontró Walpole, en una brillante victoria que obtuvo en el parlamento, consistió en que solo le habia costado 900 libras la compra de los votos importantes; y que en aquella cámara de diputados cobraba próximamente la mitad de los miembros paga fija del gobierno, sea en calidad de empleados, ya como pension. Lecky dice en su obra que habia en el primer parlamento de Jorge I 271, y en el primero de Jorge II 257 diputados que cobraban sueldo del gobierno y respectivamente 279 y 283 diputados independientes; y eso que aquel parlamento acababa por elevarse á poder soberano único, á tribunal supremo, y á cuerpo legislador exclusivo de la Gran Bretaña; pero el cáncer que le roía era un mal de los que no se curan ni con disposiciones gubernativas, ni con leyes, ni con buenos ejemplos. Macaulay mismo conviene en que renunciar á la corrupcion, en tiempo de Walpole, habria sido equivalente para un ministro á renunciar á gobernar. Lo que ha curado poco á poco este mal ha sido otro poder nuevo, la opinion pública, y el terror que inspiran sus sentencias.

En la época de que hablamos era muy diferente, porque el parlamento miraba entonces cabalmente como su privilegio mas precioso el estar por encima de la opinion pública, y se dedicaba con grandísimo celo á combatir á la prensa, para lo cual nada limitaba su poder, ni leyes ni usos. Toda persona que, miembro del parlamento ó no, publicaba en la prensa cosas que la mayoría de la cámara consideraba como punible indiscrecion, cometia el crimen de infraccion del privilegio del parlamento (*breach of privilege*), es decir, el mismo crimen por el cual el parlamento largo llamó la nacion á las armas contra su rey Carlos I. El primero que cayó en esta falta fué un miembro del parlamento, Arturo Hall, en el año 1581, que fué condenado á un triple castigo; á saber: expulsion del parlamento, multa y cárcel. En 1714 sucedió hasta que la mayoría tory acusó y condenó por este crimen á Ricardo Steele, diputado whig, por haber publicado un folleto contra el ministro, y no le valió la defensa del mismo Walpole que dijo: «La libertad de la prensa es ilimitada; y cómo puede una parte del poder legislativo atreverse á mirar y castigar como un crimen lo que no declara como tal ley alguna votada por el total del mismo poder?» pero la cámara de diputados decia: «yo soy la ley» y no habia quien á esto contestara.

Era tan absoluto el poder que cada mayoría del parlamento se arrogaba, ya en calidad de acusador, ya de juez, cuando se trataba de su interés y pasion de partido, que saltaba por encima de todas las consideraciones, é hizo decir á Hallam en su obra citada: «Las personas que hayan oido hablar del famoso equilibrio que reina en la constitucion inglesa, de la responsabilidad de todo el mundo ante la ley, y de la garantía de todo súbdito inglés contra las extralimitaciones de un poder absoluto, sobre todo tocante á la libertad personal, quedarán pasmadas al saber que este derecho y poder de ambas cámaras de decretar castigos á su antojo se conceptúa como ilimitado y no sujeto á responsabilidad alguna.»

En aquella época consideraba el parlamento como su privilegio mas honroso y mas sagrado el celebrar sus sesiones á puerta cerrada, libre de oídos extraños, y de verse moles-

tado y limitado en la libertad de la discusion y votacion por testigos intrusos y relaciones públicas indiscretas. Así se explica que en 26 de febrero de 1729 el parlamento declarara de nuevo, basándose en resoluciones anteriores, que «era una indignidad y una lesion del privilegio del parlamento el atreverse á publicar relaciones, noticias ó actas de las discusiones ó de otros sucesos que ocurriesen en la cámara ó en cualquiera de sus comisiones ó secciones, y que por esto era menester perseguir á los tales autores, editores é impresores, para que la cámara pudiera proceder contra los culpables con el mayor rigor.» En 1738 repitió la cámara la misma resolucion casi con las mismas palabras, despues de una sesion en que el partido del gobierno y la oposicion, con sus respectivos jefes Pulteney y Walpole, se habian mostrado completamente acordes en que la cámara se deshonraria si fuera bastante débil para permitir á la nacion de puer tas á fuera, erigirse en juez de los actos de la cámara.

Formaba pues el fondo del escenario en que brillaba Roberto Walpole como ministro un parlamento whig, que exigia salario para dejar continuar á sus jefes á la cabeza del gobierno, y que se esforzaba por envolver en impenetrable misterio sus discursos y actos, como impulsado por la conciencia de su culpa. No era Walpole hombre á propósito para curar esta grave enfermedad de la Inglaterra constitucional; muy al contrario, su sistema fomentaba precisamente el mal, porque segun su propia declaracion, dirigiese su afán á poner el poder legislativo al servicio del genio industrial y del comercio universal del pueblo inglés, que segun él habia de enriquecerse cada vez mas por medio de la libre exportacion de sus productos y la introduccion libre de las materias primeras, por el aumento de su marina, la apertura y conquista de nuevos mercados en el extranjero á favor del comercio inglés. Esta es la política de Inglaterra desde entonces, y la cual se ha ido desarrollando hasta abarcar todo nuestro planeta. Si alguna vez un éxito brillante y deslumbrador ha coronado una idea acertada, ha sido en este caso, y la mejor prueba de que esta idea estaba ya encarnada en la nueva Inglaterra y en la dinastía hanoveriana es que un mayorazgo de provincia, un propietario rural, fué precisamente quien dió á conocer á la nacion entera la idea latente que la animaba.

La nueva corriente no tenia nada de inmoral ni de deshonrosa; la fiebre de enriquecerse puramente por la especulacion se habia curado y recibido su condigno castigo con la catástrofe del año 1720; y las riquezas que convidaba á conquistar el discurso del trono de 1721 solo podian ser alcanzadas por medio del trabajo asiduo y del espíritu de invencion y de empresa. Al renunciar el pueblo inglés á la nefasta corriente del juego de bolsa y de las empresas estafalarias, y agrupándose en cambio bajo la bandera del trabajo honrado, cumplia la mejor penitencia para expiar aquellos extravíos, y por esto tambien encontró todos los beneficios que puede dar una prosperidad nacional honrosamente ganada.

Los cuerpos legislativos no tomaron ninguna parte directa en este cambio de direccion económica. La aristocracia dominante miraba la explotacion del poder como la fuente principal de adquirir riqueza, y defendia los intereses del capital, abandonando los territoriales; la cuestion era hacerse rico; porque la vista de la opulencia que creaba la acertada política mercantil en la capital y las ciudades principales, unida á la costumbre de dar la preferencia á las cuestiones de industria nacional sobre todas las cuestiones de legislacion y de política, crearon y fomentaron en las clases dominantes el espíritu del mercantilismo, el egoismo, el afán de ganar y la pasion de reunir riquezas; de modo que lo que engrandecía á la nacion inglesa, corrompió la moralidad de su parla-

mento. Sin embargo á pesar de estos defectos y lobrequeces, la vida pública inglesa hizo en aquella época grandes y apreciables progresos, cuyos méritos corresponden en gran parte á Roberto Walpole.

### III.—LA IRLANDA Y JONATAN SWIFT (1)

El parlamentarismo fundado por el partido whig bajo los reinados de Guillermo y de Ana, y que se erigió en sistema bajo el de los reyes Jorge I y II de la casa de Hanover, ofreció el mejor medio para asegurar á la clase privilegiada y dominante riqueza, poder é influencia sin limites. Para todo lo que no tenia relacion con estos intereses especiales se mostró el partido whig completamente ignorante é incapaz; y no solamente él sino toda la nacion en masa, porque los gobiernos whigs sometieron á estos intereses toda la fuerza vital del país; el pueblo inglés perdió tambien la capacidad de pensar ya fuera de este circulo mercantil sobre otro objeto nacional alguno, y de comprender otro derecho fuera del de su prosperidad material y de su dominio industrial y mercantil.

Entonces como ahora á todas las apologías é himnos de gloria que los ingleses entonaban entusiastas á su libertad y á la sabiduría hereditaria de la aristocracia que los gobierna, deberia seguir al final por vía de ducia el nombre de *Irlanda*. La miseria que el dominio inglés ha creado en esta isla excede á toda ponderacion, y sin embargo nos aterra todavía mas, á nosotros extranjeros, la brutalidad y la insensibilidad á que la rutina de tanta tiranía siempre impune ha acostumbrado al carácter inglés. Hoy todavía parecen á las nueve décimas partes de aquella nacion tan naturales y en orden la esclavitud sin esperanza de los irlandeses y el hambre permanente en su isla feraz, como á la antigua nobleza privilegiada de Francia aquello de: *Le peuple est taillable et corvéable à volonté*. La terrible acusacion que todavía hoy, y mas irritado que nunca, levanta el pueblo irlandés contra el inglés, se ha despojado y ha prescindido del odio de raza, del fanatismo religioso y del espíritu de partido político que antes extremaban y envenenaban la contienda, y oscurecian su verdadero fondo. Ahora pide el pueblo irlandés al inglés pan, trabajo y propiedad, y lo acusa de haber expropiado de su patria bella y bendita á sus legítimos propietarios quitándoles todos sus derechos y trasformando el pueblo entero en una turba de colonos arrendatarios sin derecho ninguno, de braceros sin albergue y de mendigos hambrientos.

Esta acusacion es justísima y por demás fundada; pero el crimen está cometido y falta solo la expiacion. Este crimen cometió el partido whig con la indignidad y ensañamiento mas imperdonables cuando estuvo en el colmo de su supremacia parlamentaria, es decir, cuando gobernaba el imperio británico sin competencia.

(1) Obras para consultar: EDMUNDO SPENCER, *A View of the state of Ireland. Written dialogue-wise between Eudoxus and Irenacus. 1598. Works of Ed. Spencer*, publicadas por Payne Collier, Londres 1862.— JOHN DAVIES, *A discovery of the true causes why Ireland was never entirely subdued, nor brought under obedience of the crown of England untill the beginning of H. Majesties happy reign. 1612.* — El mismo; *State papers on Ireland. 1604 hasta 1610.* Encuéntrense ambas obras en las *Works in verse and prose of John Davies by A. B. Grosart*; en la obra: *The Fuller Worthies Library printed for private circulation, 1876.* — Las cartas confidenciales de John Davies á Cecil que se encuentran en la *Memorial introduction* publicada por Grosart. — Sobre la administracion celeberrima de Chichester y Davies consúltense los datos fundados en documentos que GARDINER da en su *History of England 1613-1616*; Londres 1863; además HALLAM *Constitutional history*, TOMO 3.º Irlanda; BRAUMONT, *L'Irlande sociale, politique et religieuse*, Paris 1840. *Introduction historique*; J. Swift, *Works*, publicadas por Roscoe, tomo II; LECKY, *History of England in the 18th century.*

Desde Enrique II titulábanse los reyes de Inglaterra «señores soberanos de Irlanda;» pero á pesar de esto solo se puede considerar la Irlanda como unida á Inglaterra desde el principio del siglo XVII. Desde la famosa expedicion pirática de Strongbow en el año 1169 habíanse multiplicado estas empresas, pero como parciales; ninguna se proponia una conquista completa. De esta manera se habian ido formando establecimientos ingleses en los distritos de Drogheda y Dublin de la costa oriental, y en los de Wexford, Waterford y Cork en la costa meridional, separados por una «estacada inglesa» del interior de la isla todavía inculto. Las colonias inglesas habian ido recibiendo de cuando en cuando refuerzos de su país, pero sin que esto hubiese conducido á una colonizacion en regla. Muy al contrario, los invasores ingleses atrincherados detrás de su estacada se habian vuelto paulatinamente irlandeses tan salvajes y bárbaros como los indígenas de la isla. Solo despues de haberse ahogado en torrentes de sangre la sublevacion terrible de 1598, se procedió segun un plan formal á la incorporacion de toda la isla á los dominios ingleses. Uno de los dos eminentes hombres de Estado encargados de realizar esta grande obra justificó las disposiciones que se tomaron con las razones que arrojaba la historia de los errores militares y políticos que se habian cometido en los 450 años anteriores. Estos dos hombres eran Arturo Chichester y Juan Davies. El segundo de estos publicó en 1612 la notabilísima obra: «Revelacion de las causas verdaderas por las cuales jamás ha sido sometida la Irlanda completamente á la corona de Inglaterra hasta el principio del feliz reinado de S. M.» Cotejando esta obra con la que publicó en 1598 el poeta Edmundo Spencer bajo el título de «Ojeada sobre el estado de Irlanda en forma de diálogo, que dará una idea exacta y completa fundada en materiales auténticos, del origen y carácter del problema mas difícil de todos cuantos ha tenido entre manos la diplomacia inglesa.» Añádase á estos datos los que arroja la historia de la colonizacion de Ulster en el año 1610, empresa de incalculables consecuencias, ejecutada en comun por hombres tan eminentes como Chichester, Davies y lord Bacon, y sobre la cual tenemos ahora documentos auténticos de la época, y se tendrán á la vista todas las fuentes de la historia posterior de Irlanda. Jamás, ni antes ni despues, se ha dado un paso tan decisivo, ni ha habido de parte de Inglaterra igual reflexion detenida y madura, ni una voluntad tan leal y despreocupada de fomentar el bienestar de ambos países separados por el canal de San Jorge, ni un deseo tan sincero de reunirlos en un solo pueblo; y no obstante tan excelentes disposiciones cometiéndose entonces una falta funesta, á la cual los ingleses atribuyen todas las consecuencias horribles que luego divorciaron á los dos pueblos, y los hicieron para siempre irreconciliables. En tan funesta falta ninguna participacion tuvo ni el odio de raza ni el fanatismo religioso; porque los hombres de estado de Jacobo I solo hablaban con admiracion del país, y con respeto y cariño de sus habitantes; de suerte que esta disposicion tan entusiasta y favorable á los irlandeses basta por sí sola para hacer interesantísimo el estudio de aquella época. El poeta Spencer y el estadista Davies se expresan con indecible entusiasmo cuando enumeran la magnificencia de la verde Erin. Davies dice al principio de su citada obra: «Durante el tiempo de mi servicio en Irlanda (desde 1603) he tenido que hacer frecuentes viajes á todas las provincias de este país y me ha sorprendido la agradable temperatura del ambiente, la feracidad del suelo, la comodidad y el lindo aspecto de las viviendas, la seguridad y extension de las bahías y puertos que facilitan la comunicacion con todos los países del Occidente; la longitud de la parte navegable de